



Jenn Díaz

Madre e hija

DESTINO

# Madre e hija

## Jenn Díaz

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1361

© Jenn Díaz, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-233-5064-3  
Depósito legal: B. 1.213-2016  
Impreso por Black Print  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Todo sería más fácil si mamá no fuera mamá. Ahora tía Dolores y Natalia no vivirían solas, no sentirían tantos y tantos remordimientos —esa sensación elástica y perversa de la culpabilidad. Gloria también sería más feliz si no fuera como es, tan arisca, huyendo siempre de la generosidad de los demás, un poco neurótica; pero hace tiempo que Natalia ya no está preocupada por no querer a su madre como debería hacerlo una hija, y hace más tiempo todavía que no se enfada con sus impertinencias, una madre es una madre.

Dolores, en los últimos años, desde que su hermano enfermó, pensaba que en cualquier momento la echarían fuera, porque si había vivido tanto tiempo con ellas era gracias a Ángel y, desde que murió el cabeza de familia y único pariente cercano que le quedaba, vivía con la angustia de verse sin casa de la noche a la mañana, y una mujer, oh, una mujer sola, sin haber conocido varón ni amores, qué iba a hacer en la vida. Al fin y al cabo, la única unión era Ángel, el padre, el hermano, un hombre

como Dios manda, y, una vez muerto, nadie las obligaba a vivir con tía Dolores —antes tampoco las obligaba nadie, pero papá siempre había querido mucho a su hermana pequeña.

De cuando mamá quiso echar a la tía, ya nadie se acuerda o nadie quiere acordarse. Papá pasó toda una semana sin dirigirle la palabra a su mujer, ni para decirle buenos días, ni contestar las preguntas que le hacía, preguntas cotidianas, cómo has dormido, qué hay para comer, sabes si quedan tomates. Mamá entendió que no había nada que hacer, ya ves, estaba condenada a vivir con su cuñada, y, si se lo hubieran dicho antes, no se lo habría creído, pero estas cosas también son la vida.

Cuando se quedaron las tres solas después de la muerte de papá, porque la hija mayor, Ángela, ya hacía tiempo que no vivía en casa, y después de pasar unos cuantos días de duelo y de silencio absoluto, mamá empezó a sacar cosas de papá al recibidor y les comunicó que lo tiraría todo, pero todo todo, que no se puede ser tan sentimental en la vida. Fue la primera de muchas... Sí, de muchas, porque sin papá, mamá tenía todo el poder sobre la casa y sobre las mujeres que vivían allí, aquel tipo de poder que no está escrito en ningún sitio pero que todo el mundo acata, como el de un pequeño Dios, y a mamá siempre le ha gustado mucho mandar.

La tía no quería deshacerse de las pertenencias de su hermano y mamá irónicamente la invitaba a vivir rodeada de cosas que le recordaran la desgracia que estaban viviendo —la muerte de un mari-

do, un padre y un hermano, un hombre como Dios manda: tantas muertes en un solo hombre. Un hombre ejemplar que llenó la iglesia en el funeral, un hombre ejemplar que todas echarían de menos, con sus cosas o sin ellas, porque guardar la ropa o el reloj no significaba absolutamente nada, lo recordarían vestido y con hora de todas formas, ¿no?, pues ya estaba bien. Acabada la discusión, una de las más fuertes que habían tenido, y no porque las otras fueran tranquilas, estallaron y lloraron juntas; son un poco así, las mujeres, que de pronto hacen alguna cosa incomprensible, y se quedaron ahí, abrazadas como no se habían abrazado nunca —ni cuando papá enfermó y el médico negaba con la cabeza, queriendo decir que no había nada que hacer.

Después del alboroto, que Natalia observó con prudencia desde fuera —conocía bien a su madre, mejor que nadie—, las dos cuñadas volvieron sin esfuerzo a la normalidad, y la normalidad era cierto rencor, cierta tensión; volvieron a la vida cotidiana, rutinaria, y papá estaba muerto y muerto se quedaría para siempre, y ellas eran mujeres fuertes, muy fuertes, y tenían que seguir, y para seguir querían cuanto antes volver a la vida de siempre, la vida de los vivos, no había otra. Así, entre semana, la tía llevaba la casa porque mamá trabajaba en la escuela, y el fin de semana mamá tomaba el mando, porque la casa era suya, de la familia que ella había formado, la familia que aceptó la presencia de la hermana del hombre —una familia acogedora, si quieres.

La casa era una casa en penumbra, porque tenía el techo bajo, pocas ventanas y estrechas. En invierno, hacía más frío dentro que fuera, y en verano todo estaba demasiado oscuro para quedarse allí, con la alegría que da el sol, tan reluciente. La casa era una casa en penumbra y triste, pero al menos no la habían comprado, la había alquilado un pariente lejano de mamá y había sido realquilada generación tras generación. Mientras las niñas fueron pequeñas, dormían ambas con la tía en un dormitorio pequeño y con humedad. Pero después, ya de adolescentes, querían intimidad, cosa que tía Dolores no había necesitado nunca, y ya no era una niña, pero tía Dolores siempre había sido así, familiar, y sin los demás no tenía sentido su vida... intimidad no ha necesitado nunca.

En casa eran cuatro mujeres y papá. Y, no hace falta decirlo, nunca estaban de acuerdo en nada, porque las mujeres son como son y no hay nada que hacer. Claro que no era una casa consensuada, una casa con mujeres es siempre una casa demasiado pequeña, no había espacio para todas. Papá, el pobre, hacía un poco de juez, y todas buscaban su aprobación, que diera el visto bueno, pero tampoco es que hubiera hombre para todas: un hombre es sólo un hombre. Cuando había un conflicto, la única manera de arreglarlo era con Ángel, que procuraba ser justo con todas... Pero ¿quién puede ser justo siempre y con todo el mundo? Nadie. Y era así como provocaba en ellas, sus mujeres queridas, tantos y tantos sentimientos despreciables —la fa-

milia crea lazos que después la convivencia no sabe cómo seguir tensando, se deshacen tristemente. Cuando el padre murió, se llevó la medida de las cosas, incluso de las más insignificantes, las más cotidianas, aquellas que no se ven, porque la vida está llena de cosas que no se ven, pero que están ahí: sin él, ya no sabían qué estaba bien y cuándo actuaban sin nobleza; por cierto, más a menudo de lo que les gustaba reconocer, pero con las mujeres ya se sabe, como decía siempre papá.

Al principio, cuando Ángela y Natalia aún no habían nacido, la tía y mamá parecían hermanas. Todo el mundo lo dice, desde que mamá se marchó de casa todo el mundo recuerda que al principio los tres vivían en paz, sin molestarse; ahora es difícil imaginárselo, pero de verdad que eran uña y carne, como se dice. Las dos mujeres se complementaban y se ayudaban, incluso, a veces, se aliaban contra papá para conseguir algo... Quién lo diría ahora, ¿eh?

—¡Tan amigas que eran! ¡Parecían hermanas y no parientas!

Claro que papá siempre fue muy conciliador, pero las cosas cambiaron cuando mamá se quedó embarazada de Ángela. Fue la primera hija, la primera nieta, la primera sobrina —no había más criaturas en casa, y mamá se sentía la protagonista de aquella fiesta del nacimiento. Fíjate, una cosa tan de la vida, tan natural como un nacimiento, fue el motivo de ruptura, porque las rupturas no siempre son de amor, de amor entre hombres y mujeres,



porque el odio se instala donde quiere. Mamá era la madre de aquella niña, la única que sentía la vida dentro. La tía quiso formar parte, claro, de la misma manera que formaba parte del matrimonio, pero mamá se negó y de malas maneras. Muy distinto era que compartieran la casa y el hombre, sobre todo porque Dolores era su hermana; pero se trataba de un hijo y el hijo era sólo suyo, suyo y de papá. Así fue como empezaron las malas relaciones entre las cuñadas, tan amigas que eran.

—¡Tan amigas que eran! ¡Parece mentira!

Cuando Ángela nació, mamá le pidió a la tía que se fuera de casa al menos los primeros días, mientras ella se acostumbraba a la criatura y a la maternidad, su cuerpo, todos los cambios que estaba sufriendo y nadie más sentía; parecía que fuera la única capaz de parir; fue una sorpresa para todos, quizá incluso para mamá, que tenía la cabeza un poco... peculiar, aquellos días, porque una mujer recién parida es... casi un animal. Papá intentó poner paz, que entrara en razón, pero mamá no quería oír hablar del tema —cuando ella volviera del hospital, porque pariría en el hospital, no como una bestia en casa, no quería verla allí. Tenía miedo de que la niña se acostumbrara al olor de la tía y se confundiera y no reconociera cuál de las dos era la madre. ¡El hombre bien que lo sabe, con quién va a la cama! Pero una criatura recién nacida, que no sabe nada del mundo que la rodea y la rodeará...

La tía se tuvo que marchar una temporada a casa de unos parientes, en la costa, y escribía todas

las semanas una carta muy larga preguntando por la sobrinita, sin hacer referencia a su vuelta; ah, no, no se hubiera atrevido. Dolores siempre ha sido muy respetuosa con el espacio que mamá necesita, un espacio extraño, variable, sin normas ni orden, un espacio, si se permite, un poco caprichoso; y aún se sentía agradecida por la generosidad con que la acogieron en su casa el hermano y la cuñada, y por eso siempre ha sido tan buena con Gloria, aunque Gloria no siempre ha estado a la altura de su bondad; todos nos acostumbramos demasiado rápido a las cosas buenas y después olvidamos lo buenas que son y el esfuerzo que supone hacerlas.

Cuando papá y mamá se casaron, tía Dolores se quedó sola con su padre. El abuelo, de eso se ha hablado toda la vida, era cruel, cruel y egoísta, y no los dejaba vivir, empezando por la abuela, o sobre todo por la abuela, bueno, por las mujeres en general; sólo se salvó papá, que cuando hablaban del abuelo siempre se callaba y bajaba la cabeza en señal de respeto. Como se quedó viudo a los cincuenta años, y era la abuela quien mejor defendía a la hija, se endureció mucho por la soledad y cada vez era peor vivir con él; parece que la vejez acentúa las personalidades y el abuelo era más malo con los años; tía Dolores, que vivía con miedo, no sabía defenderse, y la pobre no se rehízo de aquella vida que llevaba con su padre. Siempre se ha dicho que la tía no se había casado por culpa del abuelo y que, de alguna manera, el único hombre que toleraba en su vida era Ángel, su hermano, y, ahora que ya es-

taba muerto, ninguno, pero eso lo dicen por decir, porque la gente siempre habla de lo que no sabe, algo hay que hacer con las horas muertas —hay tantas, a lo largo de la vida. No se le ha conocido pretendiente a pesar de su indudable belleza, porque tía Dolores, guapa, siempre lo ha sido, y eso tampoco les gusta a los demás.

Ella se siente conforme con la vida que ha llevado y que todavía lleva, y nunca ha reconocido que la maldad del abuelo fuera la causa de su celibato, y ahora, muy al contrario, con el paso de los años ha empezado a endulzar el recuerdo de su padre, que en paz descanse.

Además, no se quedó sola gracias a mamá, que poco después de la boda se compadeció de su cuñada y se la llevó a casa. El infierno de la tía se acabó en un santiamén cuando hizo la maleta para irse de la casa que la había visto crecer. El abuelo, solo, sin nadie de quien abusar, qué podía hacer, el hombre, no duró demasiado, y el día del entierro la tía no lloró, y papá tampoco, pero en un hombre es más comprensible y nadie dijo nada.

Desde entonces la tía vive con ellos, salvo las semanas que mamá la tuvo alejada para que Ángela no pensara que tenía dos madres, ya ves qué cosas piensa Gloria, a veces parece que no está bien de la cabeza. Al final, aquello de las dos madres tenía toda la pinta de ser la opinión de las vecinas, que nunca vieron bien que la tía no dejara a su cuñada y a su hermano vivir en paz la vida normal de un matrimonio, si es que un matrimonio puede tener-

la, la vida normal. Y porque nadie se explica que la tía se haya quedado para vestir santos siendo una mujer tan bonita —¿no ha encontrado hombre porque no ha querido! O, como dice mamá para molestarla, a lo mejor es que no le gustan.